

¿No es verdad que tengo disposiciones para la comedia?

Al día siguiente hubo un escándalo enorme en Ems. Lo cual no impidió que el día antes ambos amantes robaran una hora de amor al novio de Francfort y á mí misma.

Una hora de amor, esto es todo y es nada.

XVI

EL amor

Regresé á París y regresé dominada por la peor de las locuras: la locura del amor.

Amaba á ese Fantasio que adoraba á todas las mujeres.

¡Le amaba con toda mi alma!

Una mujer no degenera en cortesana sino en virtud de mil complicaciones accidentales.

En la antigüedad existió un Estado donde se estudiaba para serlo y cuyos grados de mayor ó menor cultura amorosa los otorgaba la escuela de los filósofos. Lo que más á menudo sucedía, esta es la verdad, era que la mujer enseñaba á los filósofos. Pero en la vida moderna no tiene la cortesana derecho de serlo, apenas si puede hacer otra cosa que deslizarse siguiendo su marcha.

Se la puede comparar á una viajera que, rota su carroza en el camino, tiene la absoluta precisión de detenerse en una posada, donde debe alegrarse, pese á su humor, compartiendo aquel afanoso tragín, aquella confusión, aquel ruido lleno de estrepitosa alegría, de canciones de borrachos y de las locuras de la orgía.

Pero cualquiera que sea el atractivo de esa vida de aventuras y de imprevisión, la viajera estará satisfecha si arreglada su carroza puede continuar el viaje por una senda bordada de árboles, y respirando el aire puro y los rayos del sol.

No recuerdo ninguna mujer galante que no eche de menos su vestido de lana y que no aspire á ser dueña de su casa; con una condición, sin embargo, y es la que ella guardará en su corazón el más querido de sus amores.

Tengo leído aquel cuento viejo, donde una mujer que quiso encender un gran fuego para echar en él todos sus recuerdos, apareciósele un ángel en sueño que le dijo: «Arroja tu corazón al fuego y cuando el fuego esté extinguido te habrás olvidado de todo.»

También yo quisiera echar mi corazón al fuego para olvidarlo todo, salvando, empero, un recuerdo que quiero conservar hasta la muerte; el recuerdo de Janlani, porque su amor hizo revivir mi corazón.

Alguien hallará oportuno reirse de aquel hermoso verso de Victor Hugo:

Son amour m'a refait une virginité

pero á nadie podrá parecerle ridículo porque palpita en él un sentimiento profundamente humano.

Todas las cortesanas que viven para el corazón y la inteligencia han sentido la verdad de este verso. Cada vez que una mujer como yo está dominada por la pasión se siente transfigurada, rechaza con horror toda lo que la marchita, hasta el recuerdo.

Desdichadamente esa nueva vida que á sus ojos la ensalza y que la presta una vestidura virginal no engaña á nadie más que á ella misma. El mundo donde vive, la ve siempre tal como era, tal como es una joven perdida, una coqueta, una impura.

Esto constituye su desesperación. Daría ella un mundo por reconquistar aquellos hermosos días su inocencia y para envolverse amante y pura en su primer vestido.

Afortunadamente amaba á un hombre que no tenía prejuicios. Fantasio era en efecto más amante de la belleza que de la verdad.

Parecíase á esos aficionados al arte que no se inquietan porque un objeto artísticamente bello haya sido poseído por veinte dueños.

Con un hombre como él no tenía más inquietud que la de ser indigna del amor. Pero comprendo que si hubiese amado á un hombre celoso del pasado y del presente hubiese sufrido todos los tormentos imaginables.

Existen mujeres que son lo bastante dichosas para poder cerrar los ojos sobre sus crímenes. Pero yo no tengo esta hermosa inconciencia: la mujer de hoy no hace desaparecer á la mujer de ayer.

Yo era feliz, á pesar de algunas nubecillas, amando á mi Fantasio.

Pasamos juntos una temporada encantadora en pleno París.

Yo estaba celosa. No iba él tras las mujeres, pero aquellas señoras corrían tras él. Me engañó mil veces, y me consolaba pen-

sando en las veces que antes le engañé yo. Desarmábame sin embargo con una sonrisa ó con una frase. Las cartas eran modelos de espiritualidad, dentro de su concisión. A su ingenio brillante debo el aborrecer las sensiblerías á lo Werther.

No soy de esas mujeres que les gusta el amor necio ni aun cuando lloro.

XVII

La cólera del príncipe

En medio de todas mis alegrías siempre me asaltó un triste presentimiento; sentía la muerte en la vida. No me he reído nunca sin que el fin de mi carcajada sea una sonrisa amarga, á semejanza del que abre la boca para morder una fruta sabrosa y que la cierra al hallarla podrida.

Existen seres que todo les parece bien; yo encuentro que todo es malo. No tengo la pretensión de rehacer el mundo, pero quisiera que Dios lo retocase.

Si estuviera en el Paraíso, abriría la puerta para marcharme; si la escala para llegar á él fuese corta, sería capaz de escalar los muros para volver á entrar. Y es que en el Paraíso tal vez me aburriría, y que fuera de él tampoco me divierto; y lo que más afi-